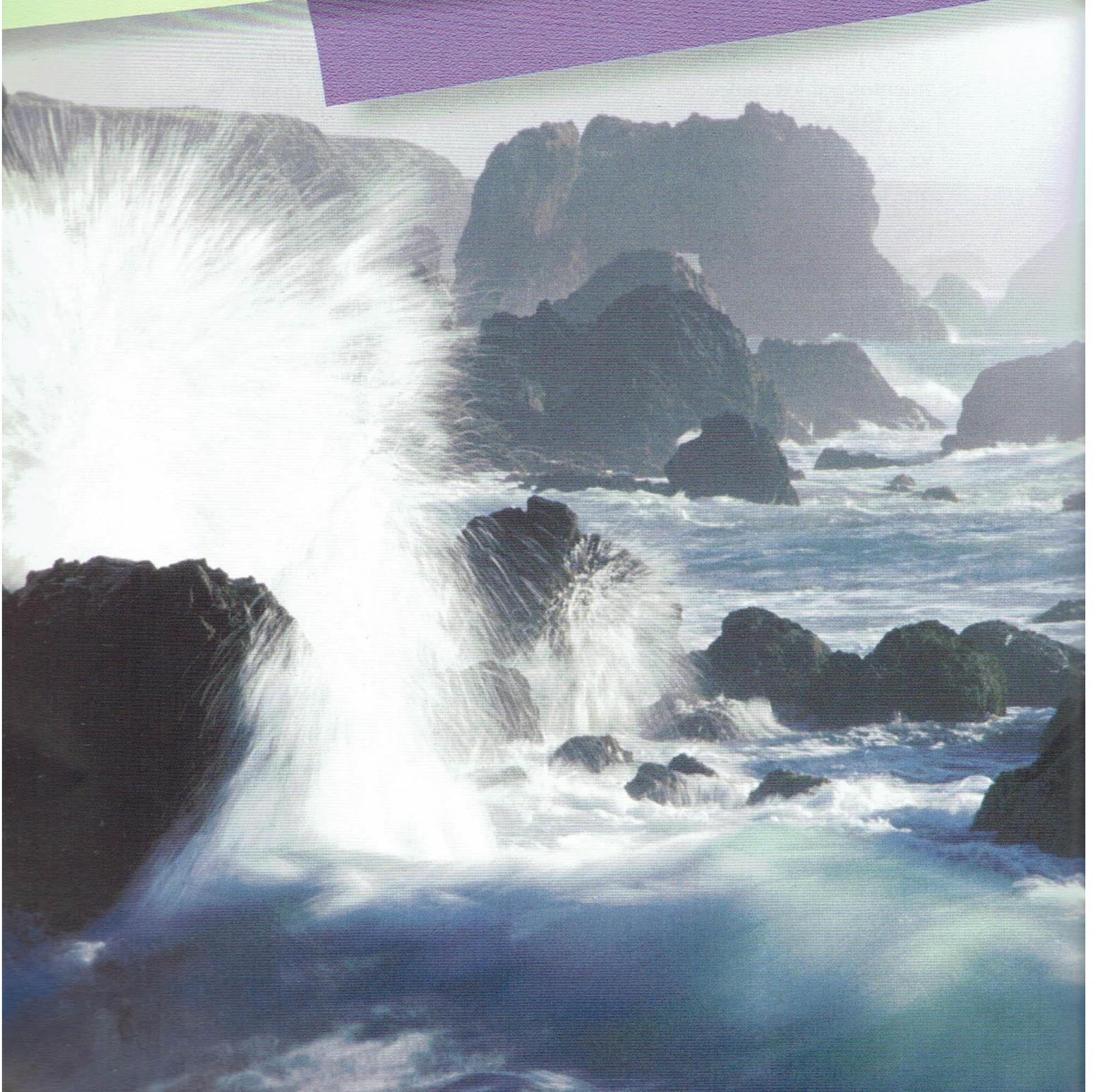


Piedras en el camino



Carta
13

Querida hija... Querido hijo...

Al pensar en un título que **compagine** con lo que quiero decirte en esta carta, no se me ocurre ninguno mejor que este: *Piedras en el camino*. Tú, hija mía... hijo mío, estás por emprender la marcha de tu vida, y quieres luchar y vencer en buena ley. Sé que te mueven los mejores deseos y que quieres hacer de tu vida **una sola línea recta en sentido ascendente**. Pero antes de que emprendas tu jornada quiero mencionarte algunos de los muchos peligros que más de una vez te **acecharán**. Hallarás aquí y allá **piedras que tratarán de obstaculizar tu marcha**. Unas tendrán **cantos afilados** que herirán tus carnes. Otras serán tan enormes que te parecerá imposible pasar sobre ellas o ropearlas. Recuerda que no han de faltar las que te ofrecerán **una sombra en apariencia grata**. Te invitarán a reposar en esa sombra mientras pasa la hora de la acción. Naturalmente, no puedo considerar todas las piedras que podrías hallar en tu camino. Me limitaré a unas pocas. El resto, tu buen sentido te ayudará a descubrirlas y a evitarlas.

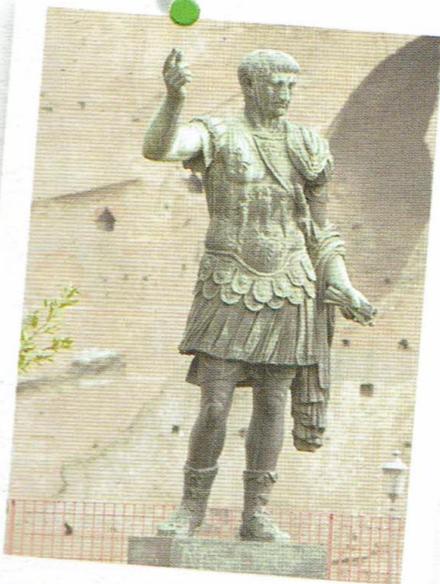
El primer obstáculo que hallarás en tu camino será, probablemente, **tu propia juventud**. No, no te sorprendas, he dicho tu propia juventud. El sentido de lo que quiero decirte lo hallarás claramente expresado en las palabras que hace muchos años le dijera el apóstol Pablo a otro joven como tú, que se llamó Timoteo. Le dijo: "Evita que te

desprecien por ser joven; más bien debes ser un ejemplo para los creyentes en tu modo de hablar y de portarte, y en amor, fe y pureza de vida” (1 Timoteo 4: 12).

El apóstol comprendió que la juventud de Timoteo podría convertirse en un obstáculo para la obra que aquel joven quería y debía realizar. Por eso le advirtió con claridad que no permitiera que sus pocos años se convirtieran en un obstáculo para él. Al fin y al cabo, la madurez y la capacidad no siempre dependen de la edad. Te he dicho ya que a menudo hallarás personas que a pesar de sus muchos años son incapaces de realizar lo que puede hacer un joven con tesón, bien intencionado y con un fundamento sólido. Cuando **Walpole** acusó a **Guillermo Pitt** del crimen atroz de ser joven, Pitt contestó que deseaba ser de aquellos cuyas tonterías cesan en los días de la juventud y no de los que **continuaban siendo ignorantes**

a despecho de la edad y la experiencia. Hijo mío, que tu juventud nunca te sea un obstáculo. Que no tengas que avergonzarte de ella. Lucha como quien está seguro del triunfo, y no dudes que lo alcanzarás si cuentas con la ayuda del más poderoso de los poderosos: Jesucristo el Eterno.

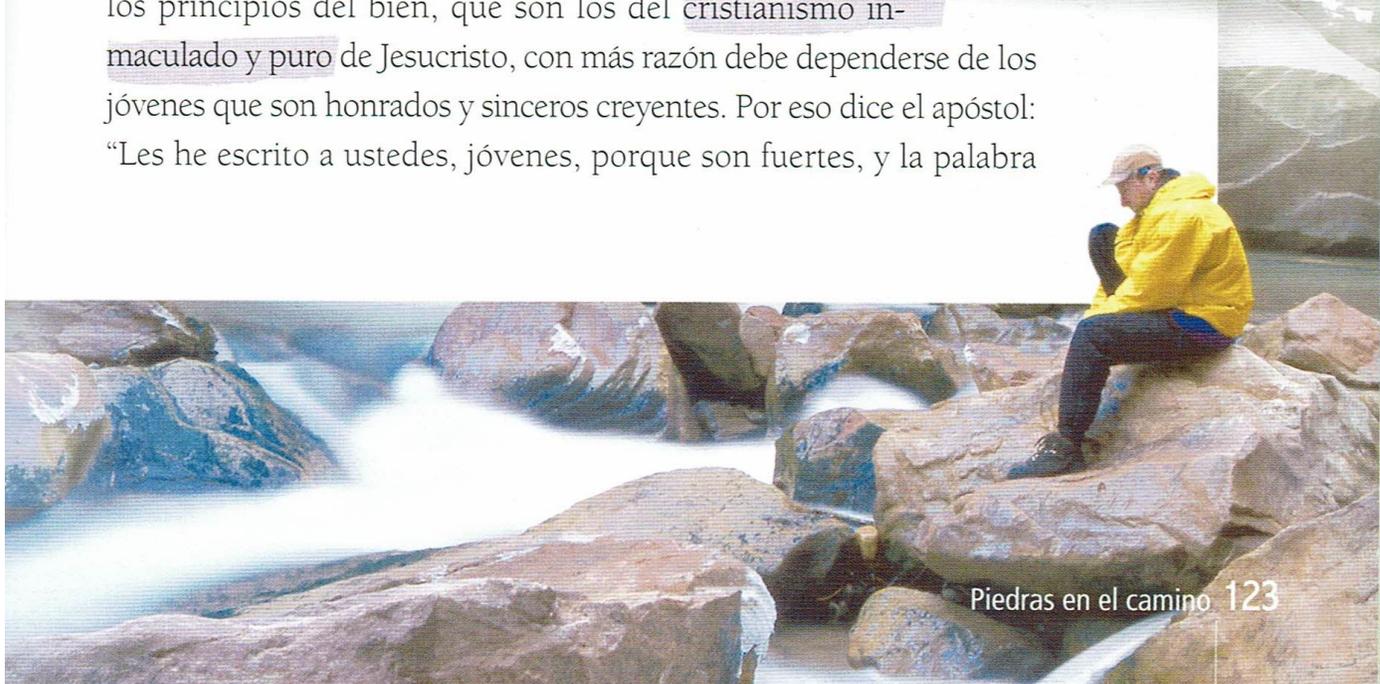
Ya sabes que ser joven no fue un obstáculo para el éxito de Alejandro Magno. Ascendió al trono a la edad de veinte años y al cumplir treinta y tres había conquistado todo el mundo conocido. **Julio César,** joven todavía, **conquistó ochocientas ciudades y treinta países** y se convirtió en notable orador y en



uno de los mayores estadistas que el mundo haya conocido. Carlomagno, al cumplir los treinta años ya gobernaba Francia y Alemania. A la edad de veinte años, La Fayette era general de Francia. Galileo tenía solo dieciocho años cuando descubrió el principio del péndulo al observar el movimiento de una lámpara en la catedral de Pisa. Gladstone era miembro del Parlamento inglés antes de cumplir los veintidós años. Tu obra, hija mía... hijo mío, no será la de un Gladstone o un Carlomagno o un Alejandro el Grande o un Julio César, pero será la tuya. Cúmplela sin que te lo impida tu juventud.

Tú puedes hacer de tu juventud un elemento de éxito. Para ello debes recordar lo que dice el profeta Jeremías en el tercer capítulo de su libro: "Hace poco me decías: 'Padre mío, amigo de mi juventud'" (Jeremías 3: 4). Con esto está dicho todo. Si tú haces de tu Padre Celestial el guiador de tu juventud, nada tienes que temer, porque contarás con la bendición del cielo, con la gracia del Todopoderoso.

Te repito que las grandes emergencias que tienen que afrontar los pueblos de la tierra dependen, para su solución, no solo de la experiencia de sus adultos, sino también de la fuerza, el vigor, el buen sentido, el entusiasmo, la decisión, el espíritu de sacrificio y la nobleza de principios de su juventud. Cuando se trata de luchar por los principios del bien, que son los del cristianismo inmaculado y puro de Jesucristo, con más razón debe dependerse de los jóvenes que son honrados y sinceros creyentes. Por eso dice el apóstol: "Les he escrito a ustedes, jóvenes, porque son fuertes, y la palabra



de Dios mora en ustedes, y han vencido al maligno". Sí, hijo mío, haz de tu juventud una fortaleza, ofréndasela a Dios con toda humildad y tus pocos años, en lugar de ser un obstáculo, te serán una verdadera bendición.

Otra piedra con que podrías tropezar en tu camino es la pobreza, la falta de recursos. Pero ni siquiera esto debe obstaculizar tu marcha. Al fin y al cabo los recursos económicos no siempre son una bendición. ¡Cuántos seres humanos, si carecieran de una riqueza que los atrofia y que les evita un esfuerzo que significaría salud moral y

física, vivirían mejor y serían útiles para ellos mismos, para la humanidad y para Dios! Toma, por ejemplo, el caso del joven pródigo, relatado en la Sagrada Escritura. Creyó, ¿lo recuerdas?, que podría conquistar el mundo gracias al dinero que esperaba recibir de su padre. Recibió aquel dinero y salió camino de sus presuntas victorias. Pero, uno tras otro, los talentos de oro y plata que había recibido de su padre fueron deslizándose entre sus dedos, malgastados en orgías y sutilezas, hasta que un día gastó el último maravedí que quedaba en su bolsa. Al desaparecer su riqueza desapareció también su orgullo. Azuzado por el hambre a la cual no estaba acostumbrado, descendió a lo que para él era el

más denigrante de los oficios, esto es, cuidar una piara de cerdos. Recuerda que para un judío el cerdo era y es un animal inmundo. Sólo entonces aquel joven se encontró en condiciones de ver con claridad, de rehacer su vida y de convertir su fracaso en un éxito. La riqueza le había sido un estorbo para valorar el amor de su padre, para reconocer el bien que había dejado en el lejano hogar. La ri-



queza le había impedido ver cuál era su verdadero camino en la vida. Pero, libre ya de esa traba, pudo convertirse en un hombre de éxito.

El sabio Salomón dijo cierta vez unas palabras que los años no han desmentido: “En el campo del pobre hay comida abundante, pero mucho se pierde donde no hay justicia” (Proverbios 13: 23). Dicho de otro modo, en la vida de quien carece de recursos hay, sin embargo, enormes posibilidades que se pierden porque no se aprovechan con juicio y sabiduría las oportunidades que se le presentan.

Nunca te lamentes de tu pobreza, porque tal vez en ella se encierran enormes posibilidades. El barbecho mencionado en algunas versiones de la Biblia con relación al texto anterior, es una tierra que no se siembra durante cierto tiempo y mientras no se siembra, naturalmente, no produce. Siembra tú, hijo mío, en la tierra de tu vida. Siembra toda clase de árboles buenos y verás cómo darán fruto.

Se dice que cierta dama le dijo una vez a Mark Twain, cuando este todavía era joven:

—Ayer lo vi con una caja de cigarros debajo del brazo; temo que esté abusando de su salud, fumando demasiado.

A lo que el gran humorista contestó:

—¡Oh! no, señora, no es eso; es que estaba mudándome de casa.

Todo lo que en ese entonces poseía Mark Twain cabía dentro de una caja de cigarros. Sin embargo, eso no fue obstáculo para que llegara a la celebridad.



Millet, el pintor francés, terminó su famoso "Angelus" en las condiciones más deprimentes. Escribió en aquel tiempo: "Nos queda combustible solo para dos o tres días; ¿dónde podremos conseguir más?" A pesar de esta circunstancia, a pesar de su pobreza, Millet produjo, en esa época, una obra que es un verdadero reconfortante del espíritu.

Muchos de los grandes personajes que hoy recuerda la humanidad tuvieron que debatirse en medio de la pobreza, y luchar contra condiciones que, lejos de anonadarlos, fueron para ellos un incentivo y una razón adicional para esforzarse en la lucha.

En verdad, al meditar en Jesús de Nazaret, ¿puede darse pobreza mayor que la suya? Declaró una vez que no tenía ni siquiera un lugar donde reclinar la cabeza (Lucas 9: 58). Nació en un establo, no en el establo estilizado y poético que muchas veces se pinta y

se concibe. No, hija mía... hijo mío, nació en un establo que tal vez no era ni siquiera adecuado para albergar a los animales que allí solían encerrar. Recuerda que a lo largo de toda su vida en esta tierra, careció de todo. No poseyó una casa, ni un carruaje. No tuvo absolutamente nada. Sin embargo, fue el Salvador de la humanidad. Dice el apóstol Pablo: "Porque ya saben ustedes que nuestro Señor Jesucristo, en su bondad, siendo rico se hizo pobre por causa de ustedes, para que por su pobreza ustedes se hicieran ricos" (2 Corintios 8: 9).

Sí, él fue pobre, y lo fue por nosotros, sin considerarlo una vergüenza ni un obstáculo para realizar la extraordinaria obra de la redención. ¿Cómo podríamos nosotros, con una obra infinitamente más pequeña que realizar, quejarnos de nuestra pobreza o de nuestra falta de recursos?

¿Verdad, hijo mío, que tal cosa no sería razonable? Da gracias a Dios por lo que tengas y por lo que no tengas, y prosigue tu camino confiado en él.

Y ahora veamos otra piedra con la que se tropieza con frecuencia. Se cuenta de una mujer que hacía frutas artificiales tan perfectas que al mirarlas era casi imposible diferenciarlas de la fruta natural. Pero tampoco a ella le faltaban críticos. Un día, uno de ellos se detuvo frente a la mesa sobre la cual una fuente contenía diferentes clases de frutas, y comenzó a criticar particularmente una manzana. Muy ufano y seguro de sí mismo señaló varios defectos que, a su juicio, no había corregido la mujer que, según él suponía, había hecho aquella manzana. Cuando el comedido y poco reflexivo crítico concluyó, se acercó a la manzana, la tomó en sus manos y, para su vergüenza, comprobó que era verdadera. ¡Cuántos proceden de la misma manera al criticar a los demás! Ya ves que estoy refiriéndome a la crítica; a la que tú podrías sentirte tentado a realizar sobre los demás, o a la que tú podrías sufrir.

Cuando se analizan a fondo los motivos que inducen a la crítica, siempre encontramos que el que la emite trata de condenar defectos reales o supuestos en los demás para que, por contraste, resalten las supuestas virtudes propias. Siempre es así. Ya lo comprobarás más de una vez en tu marcha por la vida.

Al fin y al cabo, hijo mío, tenemos que reconocer que nadie es perfecto; en todos hay algo que otros





podrían criticar y, si esto es verdad, es motivo más que suficiente para que nos abstengamos de condenar a los demás. Te aseguro que quien haya sentido en su propia carne el escozor de la crítica y a pesar de eso se rebaja a criticar a otros, revela muy poca inteligencia o muy poca nobleza.

El que critica es como si les arrancara a los demás la piel para amontonarla en el suelo y luego erguirse sobre ella para suponerse más elevado y, por lo tanto, superior. Para dar la impresión de una gran estatura moral, trata de empequeñecer la de otros. ¿No es esto a la vez trágico y ridículo? Tu sutileza más de una vez te ayudará a descubrir



que las personas que critican y se ensañan con alguna falta de los demás, pretenden, de esa manera, encubrir esa misma falta en ellas. Quizás esta te parezca una afirmación exagerada, pero no voy a tratar de convencerte por medio de palabras. Más bien te remito a lo que por ti mismo observarás al estudiar a aquellos que critican. Es, por lo demás, lo que expresan las siguientes palabras de San Pablo: “Por eso no tienes disculpa, tú que juzgas a otros, no

importa quién seas. Al juzgar a otros te condenas a ti mismo, pues haces precisamente lo mismo que hacen ellos” (Romanos 2: 1).

Es mejor, hijo mío, ser amplios y comprensivos en lugar de ensañarnos con aquel que ha caído en un defecto o en un pecado, en lugar de exhibir ante los demás las faltas por él cometidas. Mejor es que cerremos piadosamente nuestros labios y tratemos por todos los medios de prestarle a esa persona una ayuda que sin duda alguna necesita. Más que aumentar su estatura moral, el que critica se em-

pequeñece, revela incapacidad mental y mezquindad de espíritu.

¡Cuánta agudeza hay en las palabras de John Ruskin cuando define al que critica diciendo que es “uno que no sabe pintar”! No, hijo mío, mejor que destruir es edificar.

Ahora bien, si tú fueras objeto de crítica, ¿cuál debiera ser tu actitud? Permíteme que te recuerde las siguientes palabras de Gladstone: “La crítica nunca hiere a nadie: si no tiene base no podrá herirte a menos que carezcas de carácter varonil; si es bien fundada le muestra al hombre sus puntos débiles y lo previene contra el fracaso”.

Hay en la vida de Sócrates un incidente que ilustra este punto con toda claridad. El filósofo fue contemporáneo de Aristófanes y ya sabes que en sus obras este escritor satírico ridiculizó sin piedad alguna a personajes eminentes de su época. Así, en “Las Nubes”, Aristófanes se ensaña con Sócrates. La noche en que esa obra iba a estrenarse en Atenas, entre los primeros espectadores que llegaron se contaba el mismo Sócrates. Un amigo que lo vio se le acercó y le dijo:

—¿Cómo es eso? ¿Tú aquí? ¿No sabes acaso que esta noche vas a ser objeto de una crítica muy amarga?

—Sí, lo sé —contestó Sócrates— y por eso estoy aquí. Si lo que se diga no es verdad no tengo por qué preocuparme; y si es verdad me dará ocasión de saber en qué cosas debo corregirme.

¡Notable ejemplo el de Sócrates!

Si se critica tu obra y tienes la seguridad de que la crítica no es justa, no te impacientes ni respondas en tono airado. Piensa que tal vez el

que critica lo hace por ignorancia, o porque le ha sido difícil controlar sus palabras o porque es en él un defecto del cual no lo curarás exasperándolo. Se dice que cuando Miguel Ángel terminó su grandiosa escultura “David”, el florentino Soderini, que la había encargado, fue a inspeccionar la obra. Estudió un rato la estatua y por fin objetó que la nariz era demasiado grande y que resultaba desproporcionada con el resto del cuerpo. Le pidió a Miguel que la redujera. El escultor evidentemente sabía muy bien con quién trataba

porque subiendo al andamio aparentó dar fuertes golpes con su martillo en la nariz de la estatua y dejó caer unos trocitos de mármol que antes de subir había recogido disimuladamente del suelo. Bajó Miguel Ángel, y dirigiéndose a Soderini, le preguntó:

—¿Está bien ahora?

El “sagaz” crítico exclamó:

—¡Oh, ahora me parece maravillosa! Ahora la estatua parece tener vida.

Hijo mío, todo lo que te he dicho y lo que aún podría decirte, ¿no está acaso admirablemente sintetizado en las palabras que el Señor Jesús dijo en el Sermón del Monte?

Escúchalas: “No juzguen a otros, para que Dios no los juzgue a ustedes. Pues Dios los juzgará a ustedes de la misma manera que ustedes juzguen a otros; y con la misma medida con que ustedes den





a otros, Dios les dará a ustedes. ¿Por qué te pones a mirar la astilla que tiene tu hermano en el ojo, y no te fijas en el tronco que tú tienes en el tuyo? Y si tú tienes un tronco en tu propio ojo, ¿cómo puedes decirle a tu hermano: ‘Déjame sacarte la astilla que tienes en el ojo’? ¡Hipócrita!, saca primero el tronco de tu propio ojo, y así podrás ver bien para sacar la astilla que tiene tu hermano en el suyo” (Mateo 7: 1-5).

Se dice que cierta vez **Jacinto Benavente**, después de leer una crítica sobre el estreno de una obra suya, le dijo al crítico:

—Amigo, es usted una maravilla.

—¿Por qué, don Jacinto?

—Porque a mí me ha costado escribir esta obra cerca de un año de trabajo y **desveles**, y usted en dos horas ha echado abajo mi labor.